

Los espasmos cesaron, y María se tranquilizó algun tanto.

—Tu madre va á venir, hija mia, dijo el Cardenal en voz baja á la niña, dejando la etiqueta por el lenguaje familiar y cariñoso.

—¿Adónde? exclamó la niña con ansia.

—A Francia.

—¿Cuándo vendrá?

—Así que ande el buque; ella saldrá en otro y nos alcanzará.

—Vámonos, pues, al instante.

El prelado alzó la mano con ademán solemne, y se oyó el estampido del cañon.

La flota echó á andar.

El Cardenal elevó á María en sus brazos para que el pueblo la viese alejar; los embajadores formaron círculo al derredor de ella; toda la comitiva ocupó su sitio sobre el puente; como una cintura formidable, los cincuenta escoceses, elevaron sus picas en torno de la regia niña, volviendo hacia la patria que dejaban sus atezados rostros.

María de Lorena lanzó un grito lastimero, y cayó en los brazos de la condesa de Cleveland sin sentido y sin voz.

La princesa, siempre elevada en los brazos del Cardenal, se perdía en el espacio como un ángel que toma su vuelo hacia lejanas costas.

Aquella misma noche, una terrible tempestad se desató en la mar, y los escoceses, al oirla rugir, se

refugiaron en los templos para rogar al cielo por la vida de María Estuardo.

## VI.

La flor arrancada de su tallo, el pájaro robado á la floresta, no pueden sufrir más que la regente al separarse de su hija.

Desde el dia en que la perdió de vista dejó de ser jóven y bella; desconsolada, sin color, sin descanso, ni el sueño acudía á sus ojos, ni podía tomar ningun alimento.

A cuantas reflexiones para que se distrajese se le hacian, respondía tristemente:

—¿Para qué?

—V. M. debe vivir para conservar el reino á su hija, repuso un dia Lady Cleveland; ¿qué será de ella si V. M. falta? ¿Quién la guardará la corona de su padre?

Estas reflexiones y el tiempo, que pasó su suave esponja sobre aquella llaga mortal, consolaron algun tanto á la regente, y la dieron un poco de ánimo para ocuparse de los negocios que tenía abandonados.

Lo más amargo de aquella separacion era que debía ser muy larga. María no podía volver á Es-

cocia; su madre no podía tampoco abandonar el Gobierno é ir á verla.

La navegacion de la flota real fué en extremo peligrosa; despues de grandes riesgos llegó á Brest, y María fué recibida en el primer puerto frances con todos los honores debidos á su alta clase.

Su entrada en Paris fué tan suntuosa como no se ha visto otra igual; para este acto ocupó la carroza de plata, en la que iba sola, vestida de blanco, y sentada al lado del Cardenal, que le daba la derecha.

El rey, la reina y sus hijos la esperaban en un estrado, levantado en la puerta de la ciudad; venía tan fatigada y era tan pequeña, que no era posible hacerla andar, y el Cardenal la subió en sus brazos y la presentó á los reyes, que la recibieron en pie.

Despues de haberla acariciado Enrique II la levantó en sus brazos, y la multitud prorrumpió en una inmensa aclamacion á la delfina de Francia.

Al mismo tiempo que el rey presentaba á la princesa, la reina hizo lo mismo con el delfin, que se quitó su toca y saludó graciosamente al pueblo.

Los desposados contaban: 6 años María y 7 Francisco.

María entró desde el día siguiente, con toda su servidumbre, en el convento de San German de Laya, donde debía hacer su educacion, bajo la vigilancia de la real familia.

Pero si ha de hablarse con exactitud, Enrique II fué el que tomó sobre sí aquel cuidado, pues en la época en que la princesa de Escocia llegó á Francia, ya aquel monarca comprendía toda la perversidad, dureza y ambicion que encerraba el alma de su esposa Catalina de Médicis.

Treinta y un años contaba entonces la reina de Francia; habíase casado á los catorce, y pasaron diez antes de que diese á luz su primer hijo, el delfin Francisco; si su maternidad no se hubiera hecho esperar tanto, acaso el alma de Catalina de Médicis no se hubiera endurecido de una manera tan cruel; pero aquellos diez años se los pasó formando proyectos ambiciosos y devorando en secreto la hiel que derramaban en su corazon los extravíos é infidelidades de su esposo.

Francisco I conocía mejor el carácter de su nueva que su hijo; pero, seducido por su cariñosa atencion, y por las gracias de un talento tan ameno como flexible, llegó á dormirse en la confianza de que Catalina se resignaba con su suerte, y tenía el buen tacto de cerrar los ojos á todos los devaneos de su esposo.

Durante diez años, Catalina tuvo que doblegarse á toda suerte de humillaciones; estéril y sin ninguna influencia en la córte, se vió más de una vez amenazada del divorcio, que indudablemente hubiera llegado para ella, á no haberse apoyado en el ascendiente de la duquesa de Etampes, favorita

del rey su suegro, y despues en el de Diana de Poitiers, favorita de su esposo, y su rival, á la que guardaba toda clase de consideraciones y fingía amar con ternura.

Catalina de Médicis era muy pobre; la muerte de su tío el papa Clemente VII, ocurrida poco tiempo despues de su casamiento, le arrebató toda influencia en la córte de Roma; no era bella además, pues si bien había alguna regularidad en sus facciones, en cambio su expresion era durísima, y á poco que se olvidase de su papel de condescendencia y sumision, salía á su rostro el temple duro y helado de su alma de hierro.

Tres meses despues de subir al trono Enrique II, por la muerte de su padre Francisco I, dió á luz Catalina á su primer hijo, el delfin Francisco; la reina pidió encargarse de su educacion íntima, lo que, atendido su indisputable talento y variada instruccion, le fué concedido por el rey su esposo, manejándose ella de modo que jamás pudo el príncipe sustraerse de su tutela.

Madre ya, y muerto su suegro, Catalina dejó algun tanto la ficcion que tanta violencia le costaba, y apareció bajo un aspecto muy distinto; su hijo la defendía, y el rey, débil por carácter y más débil aún á causa de la precision de hacerse perdonar sus infidelidades, dejó á su mujer que desenvolviese algun tanto su carácter dominante y altanero.

Mas, respecto al cuidado y vigilancia de la princesa de Escocia, Enrique II se reservó todos los derechos, ya por el consejo de la familia de los Guisas, parientes muy allegados de la regia niña, pues eran hermanos de su madre, ya por la piedad, amor y simpatía que aquella criatura delicada, indefensa y enteramente confiada á su custodia, le inspiraba.

Más de una escena violenta y desagradable produjo entre ambos esposos la obstinacion del rey en separar á María Estuardo de todo contacto con su esposa, porque ésta llegó á estar mortalmente herida al ver que Diana de Poitiers, la favorita de su esposo, iba siempre que quería á San German á visitar á la princesa, en tanto que á ella no le era permitido casi nunca, viéndose obligada para verla á ir en compañía del rey.

Una noche se hallaban reunidos los regios consortes en la cámara de la reina; el rey tenía la costumbre de hacer una visita de pura cortesía á su esposa, eligiendo siempre la hora en que podian estar poco tiempo solos, por estar muy cerca de la en que empezaban á acudir los cortesanos.

Estaba aun así tan embarazado, tan mal, solo con su mujer, que apenas llegaba á la habitacion de Catalina, hacía llamar al delfin, y con él bablaba y jugaba todo el tiempo que duraba la visita, hasta que llegaba alguna persona de fuera á dar más libertad á la situacion.

Tenían ya los reyes otros dos hijos: Margarita, que fué despues la célebre y hermosísima reina de Navarra, y Carlos, que reinó más adelante con el título de Carlos IX; mas éstos eran muy pequeños, y sólo el delfin Francisco tenía el privilegio de acompañar algunas veces á sus padres.

Catalina se hallaba aquella noche más taciturna y más sombría que de costumbre; aquella tarde había ido á ver á la princesa la duquesa de Valentinois, ó sea Diana de Poitiers, y había permanecido más de dos horas en el convento.

Sentada al lado de una mesa, sobre la cual ardía un gran velon de plata, la reina leía un libro, escrito en italiano; su alta estatura adquiría una majestad llena de elegancia, ataviada como estaba con un traje de terciopelo color de púrpura, matiz favorito de los príncipes italianos; la reina tenía los cabellos negros, y los ojos grandes y de un bello color azul turquí, que algunas veces se volvía pardo; sobre su frente, pura y arqueada, se partían dos espesas bandas que se trenzaban con una gracia sencilla y natural, y se enlazaban detrás de su cabeza con una larga aguja florentina de oro.

Una gola de tela de plata ceñía la esbelta garganta de Catalina, que era delgada, sin ser flaca, y que hubiera sido notablemente bella á no ser por la expresion dura y helada de sus correctas facciones.

El delfin, que adoraba á su padre, se había su-

bido sobre las rodillas de éste; era un hermoso niño delicado, y ya alto para su edad, que tenía los ojos grandes y negros, y los cabellos negros tambien y naturalmente rizados; una dulzura extrema se leía en todas las facciones del delfin, y era como el carácter distintivo de su fisonomía; se parecía extremadamente á su abuelo Francisco I, y este era uno de los motivos por qué le amaba tanto su padre.

Estaba magníficamente vestido de raso y oro, con calzas y zapatos de seda blanca.

—Señora, dijo el rey en un intervalo que le dejó la charla de su hijo, tened la bondad de dejar ese libro, porque para estar solo con Francisco, puedo ir á su cuarto ó hacerle llevar al mio, y no necesito incomodaros.

Enrique II dijo esto sin cólera y sin sentimiento; su rostro, moreno y hermoso, prometía mucha más energía de la que había en su carácter, dulce por naturaleza; en sus grandes y límpidos ojos, negros y brillantes, estaba escrita la misma dulzura que en los de su hijo, y temía, mucho más que á una batalla, á las batallas domésticas.

Al oír las palabras de su marido, Catalina cerró el libro silenciosamente y lo colocó sobre la mesa, en que apoyaba el codo.

—¿Cómo habeis pasado hoy el dia? prosiguió el rey afectuosamente; ¿supongo que habeis salido en litera y que habeis llevado á Margarita con vos?

—No, señor, repuso la reina, cuya voz era sonora y tenía un tono grave: no he salido.

—¿Y por qué? El día ha estado muy hermoso.

—¡Siempre están los días hermosos para vos! observó Catalina con una sonrisa amarga.

—¿Y para vos no? Pues el sol ¿no luce para todos igualmente?

—No, señor.

El rey, intimidado ya, guardó silencio.

—La duquesa ha estado hoy en San German ¿no es verdad? preguntó bruscamente la reina mirando á su marido.

—No lo sé, contestó el rey: yo he estado de caza.

—Es decir, que ella va cuando se le antoja á ver á la princesa, y yo no puedo hacerlo nunca más que con vos.

—Catalina, dijo el rey, no hablemos de esto: ya sabéis que es asunto del que me incomoda que tratemos: si permito que vaya la duquesa á ver á María es porque no veo en ello ningun peligro: la duquesa tiene el carácter dulce y fácil, y la divierte; vos.....

—Yo ¿qué?

—¡Vos la asustais! Vuestro rostro grave la impone, vuestras palabras severas la afligen; ¡esa pobre criatura, separada de su madre y de todo lo que ama, necesita alegría en torno suyo, y no seriedad!

Catalina permaneció algunos instantes silenciosa y como suspensa: una palidez dolorosa salió á su rostro y sus negras cejas se aproximaron con un movimiento nervioso; la cólera hervía en su interior y no hallaba el medio de darle salida; el rey, previendo la explosion y temiéndola, procuraba ostentar un aire indiferente y tranquilo, y pasaba los dedos de su nerviosa y morena mano por la cabellera de su hijo.

—¿De modo, dijo la reina, que el quitarme toda libertad para que vea á la princesa que será la esposa de mi hijo, es porque ésta se asusta de mi severidad?

—Sólo por eso, amiga mia: como se asustan ya de ella nuestros hijos Francisco y Margarita.

—Algun día, señor, exclamó la reina no pudiendo ya contener el exceso de su cólera, algun día acaso lamentareis, no sólo vos, sino tambien el esposo de la princesa, el que en lugar de tener por ejemplo mi severidad, haya tenido á la vista y haya profesado aficion á la mujer más corrompida de la córte.

—¡Catalina! exclamó el rey, colérico á su vez.

—Aquí estoy, contestó la reina, fijando en su esposo una mirada de helado rencor y de amargo desafío: aquí estoy; ¿qué me quereis? ¿Que calle cobardemente, cuando dais mi sitio al lado de la futura heredera del trono á vuestra manceba? ¿Pensais que la intimidad que María pueda tener con

esa mujer, y que el afecto que la cobre no han de dar muy amargos frutos? Ya sé, como todos, que su trato es agradable y dulce, y que encubre su inmensa depravacion con un velo de flores... Y bien, tanto mejor; ¡esa depravacion se filtrará en el alma de la princesa! ¡Tanto más fácilmente la amaré, y tanto más fácilmente la dominará la duquesa, como dominó á vuestro padre y como os domina á vos, á pesar de hacer ya tiempo que ha llegado á la vejez!

—¿Por qué no imitais esa dulzura y esa suavidad de carácter que la gana todos los corazones? exclamó el rey: la duquesa atrae con una fuerza invencible, y vos repeleis con la misma.

—Yo tengo el carácter grave y reservado, y además, he sido siempre muy desgraciada; repuso la reina, cuyos grandes ojos negros perdieron algo de su brillo feroz y se humedecieron con algunas lágrimas: niña aún, vine á la córte de Francia, y las galas de mis desposorios fueron la túnica y la corona del martirio; pobre, nada bella, unida á un niño inconstante y ligero que no me amaba, estéril durante muchos años, calumniada de los unos, despreciada de los otros, sin apoyo ni amor en nadie, he tenido que doblegarme á todo... á todo, hasta á adular las flaquezas de vuestro padre, hasta fingir que amaba á su favorita: otro tanto he tenido que hacer con la vuestra, mientras he sido esposa del delfin, segura de que, si no, esa mujer os

llevaría hasta deshonrarme con el divorcio: ¿qué podía yo esperar de vuestro débil carácter y del dominio que sobre vos ejerce esa mujer? ¿Qué remedio me quedaba sino ser la víctima de todos? Mas tantos martirios, tantos dolores, tantas humillaciones, devorados en secreto, han llenado mi alma de hiel; y hoy, que soy reina de Francia, y hoy, que soy madre del heredero de la corona, sacudo el yugo vergonzoso que durante tan largo tiempo he soportado.

Calló Catalina, y el rey la miró con desden; á pesar de su carácter dulce y fácil de manejar, era hombre y valeroso: no amaba absolutamente nada á su mujer, y su indiferencia había llegado casi al odio, excitada por las sugestiones de su bella amiga Diana de Poitiers.

Enrique II, humillado con el lenguaje de su esposa y comprendiendo que realmente la leona sacudía su cadena, buscó en su mente la palabra, no sólo que pudiera hierla más, sino tambien la que pudiera contener su osadía.

—Creo, le dijo, que buscais el posible consuelo á los disgustos de que asegurais estar rodeada, y toda la córte asegura lo encontrareis muy íntimo y muy tierno en el afecto del Cardenal de Lorena.

Catalina de Médicis se levantó rígida y terrible un subido carmin vistió sus pálidas mejillas; fué á hablar y la palabra espiró en sus labios; una

gran batalla interior tenía lugar en su alma; sin embargo, poco á poco logró dominarla, y sólo dijo al rey con una sonrisa de desprecio.

—Os doy el parabien por el nuevo medio que habeis hallado para atormentarme, acudiendo á la calumnia.

Y volviendo á tomar su libro se sentó de nuevo y se puso á leer.

Enrique II salió de la cámara, llevando á su hijo de la mano.

## VII.

El gran talento de la reina Catalina de Médicis había asentado una gran verdad al decir que el trato de la duquesa de Valentinois tendría una fatal influencia en el porvenir de la futura esposa del delfín.

Aquel trato no podía ser ni íntimo ni frecuente, atendida la tierna edad de María Estuardo y la edad, ya muy avanzada, de la duquesa; pero la sola vista de aquella mujer debía ejercer un gran ascendiente en el ánimo de la infantil desposada.

Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois, era una mujer tan bella á los 60 años como lo había sido á los 16, ó acaso más; el tiempo había detenido en ella su incansable carrera; atribuíase la

prodigiosa duracion de una belleza y de una frescura que parecían eternas, á filtros que le había dado un doctor judío y nigromante.

Las mujeres de su servicio, pagadas á peso de oro por las damas de la corte para que vendiesen sus secretos, aseguraban que ellas no la veían tomar otra cosa que un baño de agua helada, en todo tiempo, al acostarse, y otro de leche cuando se levantaba.

Como quiera que sea, Diana de Poitiers ostentaba todos los encantos de la juventud más florida y todas las seducciones de la más arrebatadora belleza; su tez de nieve y rosa era pura y transparente; sus grandes ojos garzos estaban llenos de luz y de promesas; su frente arqueada lucía su nítida blancura bajo las rizadas y abundosas madejas de sus cabellos castaños, sedosos y cargados de perfumes; su delicada nariz, su boca de coral y perlas, el corte juvenil y firme de sus mejillas, todo respiraba gracia y frescura.

María Estuardo, privada del cariño de su madre y rodeada de severas preceptoras, sólo sentía un rayo de alegría en el alma cuando iba á verla la duquesa; ésta le llevaba dulces, juguetes y flores, la acariciaba y la prodigaba frases lisonjeras, alabando su hermosura y sus gracias, no ménos que los progresos que hacía.

La niña anhelaba el día de la visita de Diana de Poitiers, pero no se atrevía á decirlo, porque to-

das las personas de su servicio que la habían acompañado desde Escocia, demostraban la misma antipatía á la duquesa, y parecían verla con una especie de horror.

Aquel sentimiento, por otra parte, no era efecto de particular antipatía; toda la córte detestaba y temía á la vez á la duquesa; la negra sombra de una historia terrible envolvía la vida de aquella hermosa mujer, y toda su belleza, todas sus gracias, toda su amabilidad, no bastaban para borrarla.

Solamente la trataban las personas que tenían necesidad de adularla, para alcanzar altos puestos ó para sostenerse en los que tenían; sólo alguna dama ambiciosa la trataba; pero las que tenían amor á la virtud, rectitud en el corazón, pureza en el alma, por nada en el mundo la hubieran saludado.

Aun en medio de aquella córte corrompida y llena de infamias y de venalidades, la manceba del rey, que lo había sido también de su padre, era un objeto de menosprecio y de horror.

La historia de Diana era terrible; muy joven aún, pues apenas contaba quince años, fué condenado á muerte su padre, el señor de Poitiers, por el delito de conspiración; su hija, niña muy hermosa y muy buena, vino á Paris para alcanzar de la clemencia del rey la vida de su padre, á quien adoraba; Francisco I, que no obstante sus relevantes

cualidades, era entusiasta por la belleza, se apasionó de aquella criatura tan inocente y tan bella, y concedió la vida de su padre á condición de que Diana tuviese amores con él, dejando á la duquesa de Etampes, su favorita desde hacía algunos años. Diana, llevada entonces por su amor filial, cedió; el rey no era ya joven, ni ella pudo amarle jamás, y la perpétua tortura en que la certeza de la indiferencia de Diana tenía al rey, fué lo que irritó más su pasión y la hizo inextinguible.

La buena reina Claudia, tan noble, tan pura, tan hermosa, sufrió el martirio con la resignación más cristiana y más ejemplar, y murió al fin, víctima de sus penas, á los veinticinco años de su edad y dejando al rey siete hijos.

Francisco I quedó aterrado con aquel golpe; quería y estimaba sinceramente á su mujer, que poseía el bello y dulce carácter de su padre, Luis XII, y el gran talento de su madre, Ana de Bretaña; aquella muerte dejó en su corazón alguna amargura contra Diana de Poitiers que, poco semejante en esto á la duquesa de Etampes, había procurado hacer alarde de su influencia delante de la reina.

Pocos días después de la muerte de Claudia fué el rey á ver á Mme. de Etampes, y le dijo:

—Guardo de vos un grato recuerdo, porque no habeis hecho sufrir á mi mujer; mas sea cualquiera la pasión que sienta por Diana, jamás la absolveré



de los dolores que ha ocasionado á la madre de mis hijos, y de haberle arrebatado la vida.

Diana observó que había decaído algun tanto en el ánimo del rey, que era bueno en el fondo; y aunque acaso había elevado su ambiciosa esperanza hasta el trono, desistió muy pronto y aceptó la mano del viejo duque de Valentinois, al que se nombró montero mayor de palacio, y del que enviudó al poco tiempo.

Gracias á sus ardides, poco tardó en conquistar todo su poder en el ánimo del rey: su hermosura era admirable y su talento lo era más; las flores de su inocencia se habían ya desde hacía largo tiempo deshojado y perdido: su padre, noble y anciano caballero, al saber á qué precio había comprado su vida, huyó de Francia, renegando de la hija infame que así había manchado sus canas y su nombre; mas la ambicion de Diana pasó por todo, y empezó á estudiar el porvenir, que se le aparecía nebuloso y sombrío.

Una gallarda y juvenil figura aparecía en él: el delfin; Enrique era bueno, sencillo, confiado, y tenía diez y seis años; su madre, que hubiera sido á la vez su escudo y su mejor amiga, dormía desde hacía ya largo tiempo el sueño de los justos. Diana comprendió que su poder consistía en conquistar al jóven renuevo del trono, que se levantaba fresco y floreciente al lado del viejo tronco, y dirigió al príncipe los tiros de sus coqueterías.

Por aquel tiempo empezó á hablarse del ciego amor que la duquesa había inspirado á un noble caballero de la córte, llamado el Conde de Montgomery: era viudo, como Diana, y jóven todavía; su pasion le hizo olvidar la infamia de aquella mujer; quiso rehabilitarla y casarse con ella; Diana se lo prometió y pareció profundamente agradecida.

Aquellos amores sirvieron á la astuta favorita para apresurar la explosion del delfin: Francisco I vió con bastante indiferencia los preparativos de las bodas de Diana; pero su hijo, que ya la amaba apasionadamente, se volvió loco ante el temor de perderla, y la declaró la ciega pasion que le inspiraba.

—Si es verdad que me amais, señor, no me casaré, dijo Diana suavemente, porque la dulzura era el arma irresistible con la que se defendía y conquistaba.

—¡Oh! exclamo el delfin cayendo á sus pies loco de felicidad; ¿me lo prometeis?

—Os lo prometo, señor; pero y vos ¿qué me prometeis?

—¡Amaros toda la vida!

—Yo no os pido eso, dijo Diana con tristeza; tanto valdría pedir al cielo serenidad eterna y al mar eterna calma: además, sois casado...

—¿Y qué me importa á mí de esa orgullosa italiana que me han dado por esposa?

—La princesa Catalina es altiva.

—Vos sois bella; ¡vos sois mi vida!

—Además, ella es una niña: cuenta vuestra edad, y yo soy ya vieja.

—¿Qué edad teneis?

—No me atrevo á decíroslo señor: además, hay cosas que las mujeres no deben decir jamás.

—Nada me importa, sea la que quiera: sois bella como Venus, y os adoro.

—Y yo también.

—Pero ¿cómo os librareis de ese Conde de Montgomery? ¡Yo sé que cuando se os ama es imposible olvidaros!

—Pero ¡yo olvido!

—¿Podreis olvidar al conde?

—¡Sin duda!

—¿Le despedireis?

—Mañana, y me olvidará: tiene un hijo al que adora; ya veis que no está solo en el mundo.

—Sí; he oído hablar de ese niño, que dicen es muy hermoso, y á quien mi mujer creo que quiere hacer su paje, aunque sólo cuenta ocho años: ¿y cuándo despedireis al conde?

—Mañana mismo.

—¿Y por qué no ha de ser hoy?

—Porque hoy no vendrá.

—¡Ah! Ya le habeis visto, murmuró el delfin, cuyas mejillas se volvieron de un rojo subido.

Diana inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Me engañais, dijo tras una pausa: vos decís

que no amais á ese hombre, y al decir esto me ocultais la verdad: le amais y no quereis despedirle.

—Yo os prometo que sí lo quiero, y que lo haré.

—¿No le amais pues?

—No, porque os amo á vos.

El delfin calló; mas, pasados algunos instantes, dijo con una terquedad infantil:

—Yo quisiera ver cómo despedís á ese hombre.

—¡Lo vereis!

—¿Cómo?

—Ocultándoos cuando yo le despida en un sitio desde el cual podais verlo y oirlo todo.

—¿A qué hora he de venir mañana?

—A las nueve de la noche.

El regio niño salió.

La pérfida sirena llamó y pidió su baño, pensando, en tanto que lo preparaban, en el modo de desprenderse del apasionado amor del conde.

A esta época, tenía Diana unos cuarenta y dos años.

## VIII.

Al día siguiente, por la noche, un terrible complot tenía lugar en casa de la duquesa de Valentinois.

Esta mujer no había amado ni al rey, ni á su

marido, ni amaba tampoco al delfín; pero amaba.  
¿A quién?

Al hombre más rudo y más feo de la corte.

Al terrible, áspero y viejo condestable Ana de Montmorency.

Aquel hombre había poseído su único y sólo amor por una aberración de la depravada naturaleza de aquella mujer.

Montmorency la dominaba, sin amarla gran cosa, y la maltrataba: más que una necesidad de su corazón, eran aquellos amores una distracción precisa á las arduas ocupaciones de su vida fatigosa y guerrera. Diana era el instrumento de su ambición: ella le había conseguido riquezas, distinciones y todo lo que su afán de poder era capaz de desear.

Como es de suponer, el Condestable, á quien ponía furioso la idea del matrimonio de Diana, se alegró mucho cuando supo que había hecho su presa en el delfín.

La noche de que voy hablando, no sólo se hallaba oculto el delfín en casa de Diana, sino también un capitán con algunos soldados.

La vida del desgraciado Montgomery dependía de que amase muy poco á la duquesa y de que se viese despedido con conformidad.

No era esto de esperar: el conde era de un carácter apasionado, y amaba violentamente á la duquesa.

Cuando llegó se hallaba ésta hablando tranquilamente con el Condestable.

Al verle frunció el ceño, pues el conde no ignoraba los rumores que corrían respecto de la intimidad de la duquesa con su viejo amigo.

—Señor conde, dijo la duquesa: tengo que decir esta noche una cosa muy penosa para mí, y de la misma hablaba ahora con el condestable.

—Explicaos, dijo el conde con acento breve, y tomando asiento: ¿qué es lo que os causa pena?

—La precisión que tengo de dejar mañana á Paris.

—¿Y adónde vais, señora? exclamó el conde, que se puso pálido.

—A Blois.

—¿Qué os llama allí?

—La voluntad del rey.

—Yo pensé, exclamó con ímpetu Montgomery, que esa voluntad ya no os importaba, desde que decís tener la mía en alguna estimación.

Diana calló; pero el áspero condestable tomó por ella la palabra, y exclamó:

—¿Sabeis lo que decís, señor de Montgomery?

—No hablo con vos, respondió el conde con una severidad helada.

—Pues yo, como vasallo leal, os digo que la voluntad del rey debe acatarse por todos sus vasallos.

El conde, sin dignarse responder una palabra,

se acercó á la duquesa: la asió con fuerza por el brazo, y le dijo con voz sorda y colérica:

—¡No partireis!

—¡Es preciso! murmuró Diana.

—¡Sin embargo, no será!

—Basta ¡señor conde! gritó el condestable echando mano á la espada: dejad á esa dama y salid de aquí.

—Yo soy su prometido, casi su esposo; objetó el conde, y el que saldrá al instante de esta casa sereis vos.

Y volviéndose hacia la duquesa, añadió:

—Si es que me amais, despedid á ese hombre.

—¡No puedo! murmuró Diana.

—¡No podeis! ¡Luego es verdad lo que dicen! Por Dios, señora, ved lo que haceis... ved que va en ello la dicha de mi vida!

En aquel momento una pequeña puerta, situada enfrente del conde, se abrió sin ruido, y la pálida y juvenil figura del delfin apareció en ella rígida é inmóvil.

Con un gesto imperioso señaló la puerta al conde; pero éste le miró fieramente y no se movió.

—¿No veis lo que os manda S. A.? le preguntó rudamente el condestable.

—Lo veo, contestó el conde, cuyos dientes temblaban y cuya frente estaba cubierta de palidez.

—¡Obedeced, pues!

—¡No obedezco!

El delfin tiró de la espada.

—¡Señor, mi amado señor! exclamó la duquesa echando sus brazos al cuello del príncipe: por Dios, que no os irriteis ¡yo os amo á vos, á vos sólo!

Un rayo que hubiera caído á los pies del conde no le hubiera dejado más petrificado que estas palabras: quedóse pálido al oirlas; mas en seguida, una nube de sangre subió á sus ojos y se lanzó con la espada desenvainada sobre la duquesa.

El brazo de hierro de Montmorency le detuvo y le empujó algunos pasos.

—¡Oh, matadme! ¡matadme! exclamó el desdichado, soltando la espada y cubriéndose el rostro con las manos: ¿para qué quiero ya la vida? Matadme, señor, para que yo no vuelva á ver á esta mujer, para que no pueda recordar jamás su nombre ni su rostro.

A una seña del condestable, habían entrado el capitán y los soldados: á otra suya, sujetaron al infeliz Montgomery.

—Conducidle fuera de aquí, dijo el delfin: guardadle, pero con toda consideracion y respeto, que no se le haga daño alguno.

El conde, que ya por sí mismo había arrojado la espada, fué conducido á una pieza inmediata, sin que opusiera la más leve resistencia.

El delfin, Diana y Montmorency quedaron solos y en un embarazoso silencio; el condestable, sin

embargo, tenía ese valor grosero que no deja pararse mucho en consideraciones, y que va derecho á su fin.

Diana, por su parte, le miraba, cuando el delfin le parecía distraído, de una manera harto elocuente, mandándole que hablase, puesto que ella no podía por su parte poner fin á tan triste situacion.

—Señor, dijo el condestable: ¿qué quiere V. A. que se haga con ese furioso?

—¡A la verdad que no lo sé! contestó el príncipe lleno de una dolorosa confusion; todo su delito es amar á la duquesa, y de ese soy yo reo tambien.

—¡Y yo! pensó el viejo Ana Montmorency.

—Es un caballero bueno y leal, prosiguió el príncipe; y sin embargo, su desacato no puede quedarse sin castigo.

—¡De muerte! murmuró friamente la duquesa.

El delfin se volvió y la miró como asustado.

—No, dijo: el conde de Montgomery no debe morir por la pasion que os tiene, señora; sería demasiada crueldad, y tanto más, cuanto que ahora quedo plenamente convencido de una cosa.

—¿De qué, señor? preguntó Diana con una hechicera sonrisa.

—¡De que jamás le habeis amado! Sólo así podiais pedir su muerte.

—Nunca le he amado, y le odio porque os ha ofendido.

—Enviad al conde á una fortaleza, dijo el príncipe, volviéndose al condestable: no puede quedar tampoco sin castigo el delito de haber sacado su espada contra mí.

Dicho esto, besó la mano de la duquesa y salió de la habitacion.

## IX.

Aquella noche fué llevado el conde de Montgomery á la Bastilla; el feroz condestable vengaba así sus celos y lo mucho que se había enfurecido pensando en los amores del noble caballero con Diana de Poitiers; se le ordenó guardar el más profundo silencio sobre lo ocurrido en casa de la duquesa, y se le amenazó con que si hablaba una palabra se le iría bajando á un calabozo cada vez más hondo, más oscuro y más infecto.

Nada es comparable á la desesperacion que invadió el alma del conde al ver la infame traicion de la mujer á quien amaba; su calabozo estaba lleno de luz, comparado con la noche eterna que inundaba su pensamiento; inútil era el que le hubiesen recomendado el silencio; no hubiera podido hablar, absorto como estaba en aquella pena amarga, terrible, que no le dejaba un instante de reposo.

La córte se admiró y casi se asustó durante al-

gunos días de la desaparición del conde; ¿dónde estaba? ¿Qué se había hecho? Nadie lo sabía: su hijo Gabriel había sido recogido por su nodriza Eloisa, y pasaba por huérfano en la aldea adonde lo habían llevado.

Poco á poco se olvidaron todos del infortunado Montgomery; otros placeres, otros cuidados, otras impresiones vinieron y borraron aquella misteriosa desaparición, de este mundo, de uno de los hombres más leales y caballerosos; sólo el condestable no le olvidó; sólo el condestable cebó en él su odio y le fué bajando cada año á un calabozo más hondo.

Diez años pasaron así.

Gabriel llegó á los diez y ocho, y el mismo día que los cumplió, su nodriza le llevó al salón de honor del palacio, le hizo sentar bajo el dosel, y allí le refirió la triste historia que ya conocemos.

Diana no había preguntado ni una sola vez por el hombre que tanto la había amado.

Gabriel de Montgomery corrió á la corte, se presentó al rey, y recordó la deuda que el delfín tenía con él, rogándole que, pues ocupaba el trono y era árbitro de los destinos, le devolviese á su padre.

Enrique II se estremeció al pensar en el largo martirio de su infeliz rival; era bueno y humano, y aunque Diana ejercía siempre sobre él la misma fatal influencia, y aunque la amaba con la misma loca pasión que el primer día de sus amores, sus

sentimientos de humanidad se sublevaron todos ante el pensamiento de que aquel infeliz gemía cautivo hacia diez años en los calabozos de la Bastilla.

Sentóse delante de una mesa y firmó un pergamino, que entregó á Gabriel, diciéndole:

—Id, id al punto á salvar á vuestro padre.

El caballero salió al instante, corrió á la Bastilla, pidió ver al gobernador, y le enseñó la orden que llevaba.

—Yo os acompañaré, dijo el gobernador; y tomando las llaves y una linterna precedió al caballero de Montgomery á las prisiones.

Este bajaba pálido y con el corazón palpitándole de tal suerte, que parecía iba á romperle el pecho; así bajaron hasta los más oscuros, más hediondos y más terribles calabozos.

El caballero temblaba; por su frente corrían gotas de helado sudor; el cabello se le erizaba sobre la frente; ¡allí había gemido su padre durante largos años! ¿Viviría aún? ¿Oiría la voz de su hijo que iba á libertarle?

Sus terrores iban en aumento; llegaron á un recinto en que era imposible respirar; el gobernador dejaba oír una especie de silbido anhelante y fatigoso; Gabriel mismo se ahogaba.

—¿Está aquí? preguntó con voz débil.

—No, amigo mío, contestó el gobernador: anoche se le bajó á otro calabozo más hondo.

Gabriel lanzó un rugido.

—Uno de los amigos de la duquesa de Valentinois, prosiguió el gobernador, vino aquí y pidió ver al preso; traía para ello las órdenes competentes; bajaron con él; ya os habrán dicho que la consigna era que, si hablaba, se le bajase cada vez al calabozo más infecto y más hondo; sabiéndolo el desgraciado conde, no hablaba; pero ese amigo de la duquesa de que acabo de hacer mencion, parece que lo sabía tambien; le habló de su hijo, y aunque durante largo tiempo guardó silencio, llegó á tocar alguna fibra tan sensible á su corazon, que el prisionero se levantó; dos lágrimas salieron de sus ojos petrificados, y dejó escapar una exclamacion de ira y de dolor; no fué menester más para que el enviado de la duquesa me obligase á bajarle al calabozo más hondo de todos los que existen aquí.

—¡Bajemos! dijo sordamente Montgomery.

Llegados á la puerta de aquel antro, el gobernador abrió con mano trémula.

Una profunda oscuridad reinaba allí; bajo los pies de las dos personas que habían entrado, corrían los insectos más asquerosos; en un rincon se distinguía un bulto humano; era el prisionero. Gabriel lo conoció con el corazon; se acercó á él y levantó la cabeza, que volvió á caer pesada é inerte; tomó una de las manos, que tambien cayó á lo largo del cuerpo, yerta y sin vida.

Advertíase en los ojos la mirada de la última, y

suprema angustia; una lágrima había quedado suspendida de las pestañas; el conde era cadáver, pero acababa de espirar; el sitio del corazon conservaba aún todo su calor.

El caballero de Montgomery recogió con un beso aquella lágrima de la agonía de su padre, se arrodilló, levantó los ojos al cielo, é hizo la muda promesa de una terrible venganza.

Despues se levantó y salió del calabozo; el gobernador, respetando aquel terrible dolor, le siguió en silencio.

Aquella terrible historia transpiró, y envuelta en ella, el nombre de Diana de Poitiers.

Cada uno se fué apartando de ella por un sentimiento de horror instintivo.

Como una nube negra se extendió en derredor de la duquesa el sentimiento del desprecio público, y la dejó completamente aislada y sola.

Sin embargo, el amor del rey la protegía y la servía de escudo.

Ahora volveremos á reanudar el hilo de nuestra interrumpida historia, volviendo los ojos á la dulce y poética figura de María Estuardo, de la que nos hemos apartado por la necesidad de una ojeada retrospectiva, que haga comprender los sucesos que han de seguir.